

trate de aprovechar, pues la necesita mucho, según parece. Paulo VI no está en el error; siendo judío, de los que San Pablo dice que son enemigos del género humano (omnibus hominibus adversantur: I Tes, 2,15) trabaja incansablemente en la demolición de la Iglesia, en engañar a los cristianos, favoreciendo el comunismo, la apostasía de las naciones católicas, colmando así la medida de sus pecados (I Tes. 2, 16) Sí, los cardenales, obispos, sacerdotes están, la inmensa mayoría en el error y engañando a los fieles, pues no tuvieron amor a la Verdad, sino que se complacieron en la iniquidad (2 Tes. 2, 11).

No juzgo ni condeno, lo que juzga y condena es la regla de fe, la Tradición nada misteriosa que nos enseñó Jesucristo y nos transmitió fiel e infaliblemente la Iglesia Católica Romana.

Ud está en contra del latín, achaca al latín los progresos de las sectas. Sepa que todos los grandes misioneros celebraron la misa y los sacramentos en latín: San Francisco Xavier, San Francisco Solano, San Alfonso, San Antonio María Claret, San Juan Bosco, San Pío X, etc., etc., e hicieron muchísimas conversiones. Juan XXIII como todos sus predecesores tuvo gravísimos motivos para defender el latín y mandó a los obispos que no tolerasen que sus subditos escribiesen en contra del latín. "El odio al latín escribió don Prosper Gueranger, es innato en todos los enemigos de Roma" y Pío XI dijo que la ignorancia del latín en los católicos cultos y en especial en los sacerdotes es una señal de desamor a la Iglesia y que los católicos tienen la obligación de querer el latín tanto más cuanto los herejes del siglo XVI le tuvieron odio. El latín decía Juan XXIII es un factor eficaz de unidad. Luego el abandono del latín es un fac-

tor eficaz de división. Los salesianos tienen una inmensa responsabilidad en la decadencia del latín, en el oscurecimiento de la doctrina católica. El arzobispo de Salta con sus nueve colegas obispos del NOA (Noroeste Argentino) acaba de lanzar un "Devocionario catequístico" de 770 páginas sin una sola palabra de latín. Por eso ese devocionario ha caído en un galimatías inimaginable, y lleno de herejías. No podrá ser de otra manera, los Papas sabían lo que decían.

Todos los últimos Papas, en especial desde San Pío X hasta Juan XXIII, recomendaron la **participación** de los fieles en las ceremonias y no mencionaron el impedimento del latín. Incluso Pío XII enseñó que se podía **participar** aún rezando el rosario. Y Pío XII no era un tonto, no tenía necesidad de visitar a un psiquiatra. Querido Padre, es el último número de la revista que le envío. Depende de Ud. de que la siga recibiendo, con sólo pedirla.

La Presencia de LEFEBVRE

Por Rafael Gamba

(Revista "¿Qué Pasa?" Nº 630 - 1-15 de abril de 1978. Dr. Cortezo, 1 Madrid - 12/ España)

Por segunda vez honra nuestras páginas la ilustre pluma de Rafael Gamba, quizás la figura más destacada del actual pensamiento español y a quien desde aquí queremos hacer **patente públicamente** nuestra más profunda gratitud por su colaboración, referida en este caso a tema tan importante y actual como el de su introducción a la conferencia pronunciada el pasado día 8 de marzo por monseñor Marcel Lefebvre, en el hotel Sideral de Madrid, bajo el título "La crisis universal de fe y autoridad".

Ante la presencia entre nosotros de monseñor Marcel Lefebvre sólo cabe expresar la bienvenida que le tributa y el gozo que experimenta esta parte de la antigua Cristianidad, desorientada y abatida como todas, y deseosa de una palabra de verdadera fe católica. Nada resultaría más osado que intentar presentar ante vosotros a quien es ya universalmente conocido y famoso: a quien para algunos dentro de la Iglesia es un remordimiento vivo, para todos, una esperanza, y para los no católicos, una curiosidad: la del único católico a quien se aplican penas canónicas precisamente por permanecer fiel a la doctrina y la disciplina de la Iglesia en unos tiempos en que todo desorden es en ella tolerado y aún glorificado.

Monseñor Lefebvre es ya famoso en todo el mundo y pasará a la historia aún en contra de su voluntad y su deseo, aún con independencia de sus muchos valores personales.

Simplemente por haber sabido decir que no bajo el dictado de su bajo el dictado de su conciencia y haber abrazado el camino del deber con todas sus consecuencias. Porque hemos llegado a la época pronosticada por Nietzsche en la que “hacerse abogado de la norma se convierte en la forma suprema de grandeza”. O a aquel siglo en que —en frase de Gustave Thibon— “por reinar el conformismo del absurdo y del desorden, el ídolo de la revolución permanente, nada resulta más nuevo ni tan insólito como predicar el retorno a la fe y defender la naturaleza y la tradición”.

● “YO ACUSO AL CONCILIO”

La voz de monseñor Lefebvre ya se dejó oír en el Concilio a pesar de la inmensa dificultad de reaccionar con oportunidad y prontitud en

aquella asamblea multitudinaria — autotitulada “pastoral”—, en medio de una confusión de lenguas, manipulada sutilmente desde su origen, y cuyos textos hábiles y dosificados ocultaban el germen de la “conversión al mundo”, del “ecumenismo pluralista” y de la titulada “libertad religiosa”. Precisamente el libro cuya traducción castellana se presenta hoy —“¡Yo acusa al Concilio!”— recoge aquellas clarividentes intervenciones de monseñor, rápidamente desechadas por quienes manejaban los hilos secretos de aquella inmensa encerrona.

Los “frutos del Concilio” pronosticados por monseñor Lefebvre se manifestaron prontamente con virulencia aún mayor que la sospechada. Pocos meses después de su clausura no hubo ya dogma, sacramento, canon o costumbre de la Iglesia que no se viera “contestada” en nombre precisamente del Concilio de la “línea del Concilio”. El desmedulamiento de la disciplina y de la liturgia eclesiásticas ha sido desde entonces vertiginoso. En España esta acción destructora del postconcilio ha sido especialmente eficaz y dramática, precisamente por la decisiva influencia del catolicismo en la génesis de su nacionalidad, por la influencia que todavía tenía el clero en su ambiente y por el bien que las almas recibían de modo casi inconsciente y gratuito de la unidad católica, al ser conducidas por la fe de Cristo desde la cuna a la sepultura. En mi profesión docente puedo testificar que el daño inferido a la fe de las nuevas generaciones ha sido en estos diez últimos años superior al que pudo haber realizado en el siglo VIII la gran invasión agarena sobre la Península.